*Ayer* 57/2005 (1): 103-124 ISSN: 1137-2227

# *Franco y la Segunda Guerra Mundial. Una neutralidad comprometida*

*Ángeles Egido León*
UNED

«No es hora de lamentarse de nada, señores, sino el momento de las decisiones. No es la patria francesa la que está en juego: es la libertad, la cultura, la paz. No somos nosotros quienes estamos en peligro: es el mundo. Y no olviden que cuando se fusila a un hombre existe la posibilidad de que un día se fusile a toda la humanidad» (Francisco Ponzán Vidal).

*Resumen:* En este artículo se analiza la posición de Franco durante la Segunda Guerra Mundial, que evoluciona, al hilo del desarrollo de la contienda, de la neutralidad a la no beligerancia para volver finalmente a la neutralidad, en relación con la entrada de refugiados extranjeros en España. El avance de las tropas nazis provocó una huida masiva de europeos que encontraron en España el único camino hacia destinos definitivos y se lanzaron a cruzar los Pirineos, ayudados de *passeurs* y utilizando rutas que se habían usado durante la Guerra Civil en sentido inverso. Esta masiva afluencia provocó una difícil situación para la diplomacia del régimen, que hubo de sortear sus veleidades pro-Eje, la deuda aún no saldada con los países que le habían ayudado a ganar la Guerra Civil, sin eludir a la vez los compromisos internacionales de un país oficialmente neutral y la evidencia cada vez más clara, a medida que avanzaba el conflicto mundial, de que su supervivencia dependería de la benevolencia de los Aliados para con él.

*Palabras clave:* Segunda Guerra Mundial, franquismo, política exterior, neutralismo, «no beligerancia», refugiados extranjeros, rutas de evasión.

*Abstract:* In this article we examine the Franco's position during the World War Two, which makes progress, on the look-out the evolution of the war, from the strict neutrality to the «no belligerence» to end with the return to the neutrality. The advance of Nazi's army caused a massive escape of citizens who find in Spain the only way to get the exit from the occupied Europe. They cross the Pyrenees helped by *passeurs* and using routes of the Spanish Civil War but in the other way round. This massive affluence provoked a difficult situation to the Spanish diplomacy, which had to overcome its trends pro Axis, the debt not settled with the countries which helped Franco to win the civil war, at the same time that they can not avoid the international commitment of a neutral country and the evidence, each time clearest, that its survival was up of the Allies kindness with the Franco Regime.

*Key words:* Franco's foreign policy, World War Two, neutralism, «no belligerence», international diplomacy, refugees.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, el 1 de septiembre de 1939, la España de Franco, recién terminada la Guerra Civil y en pleno proceso de reconstrucción, y represión, interna, era un país oficialmente neutral. Sin embargo, hoy nadie discute que se produjo una evolución de la posición española al calor de la propia contienda, que se acomodó al desarrollo de ésta [1].

Era difícil prever durante el inclemente invierno de 1939, cuando una masa de ancianos, mujeres, niños y soldados derrotados republicanos atravesaban la frontera francesa huyendo del enemigo, que apenas unos meses después un éxodo también numeroso, aunque inicialmente muy distinto, se produciría en sentido contrario. El rápido avance alemán en los primeros meses de la guerra mundial y la ocupación de Francia por las tropas nazis provocarían el colapso de la frontera franco-española. Miles de personas de muy distinta condición, aunque especialmente judíos procedentes de los países ocupados, que huían de ellos, se agolpaban en los puestos fronterizos de España, paso previo inevitable para salir hacia otros destinos.

¿Cómo reaccionó Franco ante esta avalancha? No debió ser fácil sortear la deuda aún reciente con quienes le ayudaron a ganar la guerra, sin comprometerse demasiado ante los aliados, especialmente

[1] Cfr. EGIDO LEÓN, Á.: «Franco y las potencias del Eje. La tentación intervencionista de España en la Segunda Guerra Mundial», en *Espacio, Tiempo y Forma,* V, 2, 1989, pp. 191-208.

con el vecino francés, cuyo suelo, además, a partir de junio de 1940, es decir, tras el armisticio franco-alemán, se hallaba dividido en dos: la zona ocupada, norte y noroeste, y la llamada zona libre, el sureste, aunque sometida en la práctica a los alemanes por la actitud colaboracionista del gobierno de Vichy. En ambas zonas quedaban aún muchos republicanos españoles que la policía franquista perseguía, a menudo con saña, en colaboración con la Gestapo y con el régimen de Vichy [2].

En estas páginas intentaremos esbozar cómo la actitud de Franco, en lo relativo a la recepción de refugiados europeos y el trato para con ellos, fue cambiando a lo largo del conflicto, al hilo de la propia evolución de la guerra y de las apetencias del régimen en relación con ella, habida cuenta de que hubo al menos tres momentos en los que Franco estuvo a punto de intervenir en la contienda al lado de las potencias del Eje. El primero se corresponde con la fase inicial del conflicto, cuando el fulgurante avance alemán hacía prever una rápida victoria. El segundo, cuando el escenario de la guerra se trasladó de manera protagonista al Mediterráneo después del desembarco aliado en el norte de África (8 de noviembre de 1942). Y el tercero, tras el desembarco aliado en Sicilia (10 de julio de 1943), cuando Mussolini recurrió a su antiguo aliado.

## La tentación intervencionista: de la neutralidad a la no beligerancia

Tras el ataque alemán a Polonia, Franco se declaró inmediatamente neutral. Sin embargo, nueve meses después (en junio de 1940), cuando Italia entró en la guerra al lado de Alemania, España pasó de la neutralidad a la no beligerancia. Esta fórmula jurídica,

[2] Un análisis pormenorizado de esta situación en Rafaneau-Boj, M.-C.: *Los campos de concentración de los refugiados españoles en Francia (1939-1945),* Barcelona, Omega, 1995 (ed. orig. 1993). Una visión de conjunto en Dreyfus-Armand, G.: *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la guerra civil a la muerte de Franco,* Barcelona, Crítica, 2000 (ed. orig. 1999). Un estudio sobre la persecución desde España en Avilés, J.: «L'ambassade de Lequerica et les relations hispano-françaises, 1939-1944», en *Guerres mondiales et conflits contemporains,* núm. 158, 1990, pp. 65-78.

acuñada por el propio Duce, se consideraba de hecho una pre-beligerancia [3].

¿Qué razones llevaron a Franco a dar este paso? España, desde luego, no estaba en condiciones de afrontar una nueva contienda. Recién salida de una guerra civil, inmersa en el proceso de creación del Nuevo Estado, dedicada en profundidad a la represión de los vencidos, hundida económicamente. ¿Cómo se atrevió Franco a ofrecer su ayuda a las potencias del Eje?

Una primera explicación podría encontrarse en el oportunismo político, atento, fundamentalmente, a las reivindicaciones del régimen en política exterior. En esta primera fase de la guerra Francia parecía especialmente pusilánime y Gran Bretaña todavía atenazada por la sorpresa de la guerra relámpago. Viendo debilitados a sus dos principales enemigos en política exterior, Franco pudo creer oportuno el momento para resucitar las aspiraciones territoriales españolas en relación con ambas potencias, es decir, para plantear de nuevo las reivindicaciones españolas sobre Marruecos y la vieja espina de Gibraltar.

Si se alineaba con el Eje y éste vencía, era posible pensar en obtener algo a cambio en ambos terrenos. De hecho, se dieron pasos en los dos sentidos. El 14 de junio de 1940 tropas españolas ocuparon Tánger, y cuando Pétain solicitó el armisticio, el general Vigón, portando una carta de Franco, se entrevistó con Hitler para plantear lo que España aspiraba obtener a cambio, se sobreentiende, de su entrada en la guerra al lado del Eje: la cesión del Marruecos francés, Orán y la ampliación de los territorios saharianos y del golfo de Guinea. En cuanto a Gibraltar, Mussolini siempre había jugado con la posibilidad de que en la nueva reorganización del *statu quo* mediterráneo, ése sería el trofeo para España. Por otra parte, parece probado que Franco se había comprometido con Mussolini, en el contexto inmediato a la entrada de Italia en la guerra, a permitir la utilización de los puertos españoles a los aviones italianos en el caso de un supuesto ataque aéreo a Gibraltar [4].

---

[3] Precisiones sobre el concepto en ESPADAS BURGOS, M.: *Franquismo y política exterior,* Madrid, Rialp, 1988, especialmente pp. 90-96. Véase también MORALES LEZCANO, V.: *Historia de la no beligerancia española durante la Segunda Guerra Mundial,* Valencia-Las Palmas, 1980.

[4] Cfr. TUSELL, J.: «Franco no fue neutral», en *Historia 16,* núm. 141, 1988, y *Franco y Mussolini. La política española durante la Segunda Guerra Mundial,* Barcelona, 1985.

Hay también otro factor a tener en cuenta: la posición portuguesa. España y Portugal habían firmado un acuerdo de amistad y no agresión el 17 de marzo de 1939, el llamado Pacto Ibérico. Ante el paso de la neutralidad a la no beligerancia de España, Portugal consideró oportuno reforzarlo: el 29 de julio de 1940 se firmó un protocolo adicional, aunque ambiguo, suficiente para tranquilizar a ambas partes. Portugal intentaba atajar la posibilidad de que España permitiese el paso de tropas de ocupación u ocupase ella misma el territorio portugués (el viejo temor, siempre presente). España, por su parte, neutralizar los peligros de una posible confluencia británicoportuguesa, dada la sempiterna y tradicional alianza entre ambos países, fraguada siempre principal, aunque no exclusivamente, en clave antiespañola [5]. El simple hecho de que Portugal (al parecer, por propia iniciativa) considerase necesario reforzar el acuerdo ratifica la credibilidad sobre la posibilidad de que España participase en el conflicto al lado del Eje. En el verano de 1940 se intensificaron igualmente los contactos hispano-alemanes destinados al mismo objetivo. En realidad todo giraba en torno a la posición geoestratégica de España, tanto atlántica como mediterránea, aunque en este momento lo que se barajaba de manera especial era alguna operación en torno a Gibraltar.

La política británica en relación con España siempre había tenido como objetivo mantenerla alejada del conflicto, porque su intervención proporcionaría al Eje el dominio del Estrecho y dificultaría seriamente las comunicaciones marítimas en el Atlántico [6]. La política aliada se atenía a la necesidad de asegurar el control o, cuando menos, neutralizar el control ajeno del archipiélago balear y de las islas españolas y portuguesas en el Atlántico. Y en el verano de 1940 fue cuando pareció más amenazado ese control, porque tras la firma del armisticio franco-alemán se afianzó el deseo británico de resistir, y Hitler consideró más seriamente que en ningún otro momento de la guerra la posibilidad de asegurárselo. Y para ello era conveniente contar con España [7].

[5] Un estudio reciente sobre la relación peninsular en el marco de las relaciones europeas en TELO, A. J., y TORRE GÓMEZ, H. de la: *Portugal e Espanha nos sistemas internationais contemporáneos,* Lisboa, Ediçoes Cosmos, 2000; véanse especialmente pp. 305-311.

[6] SMYTH, D.: *Diplomacy and Strategy of Survival: British Policy and Franco's Spain, 1940-1941,* Cambridge University Press, 1986.

[7] Véase MARQUINA BARRIO, A.: *España en la política de seguridad occidental,*

A este objetivo se encaminaron varios pasos que dio la diplomacia germano-española. En julio de 1940 viajó a España el almirante Canaris con el propósito de preparar un plan destinado a tomar Gibraltar, con apoyo italiano y español, como alternativa al Plan Seelowe (la ocupación del Reino Unido). En septiembre, el general Von Richtofen vendría a Madrid y Ramón Serrano Súñer iría a Berlín. Von Richtofen dio garantías sobre el envío de suministros y materias primas que permitirían a la España de Franco, en plena penuria de posguerra civil, hacer frente a la situación. Serrano se ocupó de trasladar las aspiraciones españolas a cambio de su participación.

En el ajedrez general del conflicto, cada pieza presente en el tablero ideaba su propia jugada. Sin duda Serrano, cegado por sus propias aspiraciones de política interna, creía posible obtener las viejas reivindicaciones españolas en política externa: la ampliación del Marruecos español, a costa de las posesiones francesas, e incluso, quizá, la ansiada recuperación de Gibraltar. Hitler pensaba en clave exclusivamente anti-aliada. España sólo era un elemento disuasorio más y no desde luego el fundamental. Como confesaría al conde Ciano más tarde, no le interesaba provocar una reacción francesa compensando a España a su costa y, en cuanto a Gran Bretaña, se trataba de acorralarla un poco más esgrimiendo la alianza de España en su flanco mediterráneo y atlántico.

Los alemanes tenían claro su objetivo: bases en Agadir y Mogador, es decir, en la costa atlántica marroquí, y una de las islas Canarias. A cambio, sólo ofrecían claramente ayuda militar y económica, pero el futuro mapa de Marruecos quedaba desdibujado en un hipotético reparto entre Alemania, Italia y España. La posición de Italia, que actuó como mediadora, fue ambigua. Alemania ofreció firmar un acuerdo con España que permitiese una ocupación rápida de Gibraltar, pero el Duce prefirió sugerir una posible alianza militar tripartita que, indudablemente, le podría dar más juego en relación con sus propios intereses mediterráneos.

Todo quedó en el aire. Hitler juzgó excesivas las pretensiones de un peón, al fin y al cabo, muy secundario y es lógico pensar que a Franco no le compensaría una hipotética opción sobre Gibraltar a cambio de acceder a las pretensiones alemanas sobre Canarias.

*1939-1986,* Madrid, Ediciones Ejército, 1986. Para las relaciones hispano-alemanas en este periodo sigue siendo útil el libro de RUHL, K. J.: *Franco, Falange y III Reich. España durante la Segunda Guerra Mundial,* Madrid, Akal, 1986.

Es muy probable también que la versión más cercana a la verdad sea la del embajador británico, sir Samuel Hoare. Franco simplemente no quería permanecer ajeno al reparto del botín, en caso de victoria del Eje [8]. Mussolini cayó en la cuenta de que le convenía más la no beligerancia española que la intervención. El único que no pareció darse cuenta de nada fue Serrano, que regresó a España sin percatarse del fracaso de su misión: negociar la entrada de España en la guerra a cambio de concesiones territoriales [9].

No obstante, las gestiones continuaron y el punto álgido fue la famosa entrevista de Hendaya entre Franco y Hitler que se celebró el 23 de octubre de 1940. Parece claro que en Hendaya España perdió su neutralidad a cambio de un futurible, como subrayó en su momento Antonio Marquina [10]. Franco seguía empeñado en conseguir sus reivindicaciones territoriales en el norte de África, pero Hitler no estaba dispuesto a sacrificar a Francia. Todavía creía entonces que la guerra se resolvería a su favor y a corto plazo, y no quería correr el riesgo de alimentar la subversión de las colonias francesas contra Pétain, cosa que presumiblemente ocurriría si se producía una ocupación aliada de las islas atlánticas. Franco firmó el protocolo, pero no hubo alianza militar efectiva.

Cinco días después de la entrevista, Mussolini inició el ataque a Grecia. Franco envió una carta a Hitler recordándole lo hablado y Serrano Súñer, que ya había desplazado a Beigbeder (sospechoso de anglofilia) en la cartera de Exteriores, fue llamado a Berchtesgaden. Hitler pretendía activar el Plan Félix, es decir, el cierre del Estrecho, el paso de tropas alemanas al Marruecos español y el ataque a Gibraltar, como golpe psicológico definitivo contra el Reino Unido. Franco dudó y Hitler recurrió a la mediación italiana. El 12 de febrero de 1941 Franco y Mussolini se entrevistaron en Bordighera. Sin embargo, el Duce no apremió a Franco. En realidad quedó al descubierto su auténtica posición: no le interesaba tener un competidor en el Mediterráneo por el imperio territorial francés, y esto es, a la postre, lo que habría tenido si Franco entraba en la guerra, con

[8] HOARE, S.: *Ambassador on special mission,* Londres, Collins, 1946 (ed. española de Sedmay, 1977).

[9] SERRANO SÚÑER, R.: *Entre Hendaya y Gibraltar. Frente a una leyenda,* Madrid, Ediciones Españolas, 1947, pp. 199-204. Véanse también sus memorias *Entre el silencio y la propaganda. La historia como fue,* Barcelona, Planeta, 1977.

[10] MARQUINA BARRIO, A.: *op. cit.,* p. 40.

ese mismo objetivo [11]. De este modo, se cerró el periodo en el que la tentación intervencionista de Franco fue más fuerte: entre junio de 1940 y febrero de 1941, cuando Serrano, claramente germanófilo, atravesó su momento de mayor influencia y cuando coincidieron en teoría las presiones conjuntas del Eje, porque Hitler consideró seriamente la baza de Gibraltar.

## El camino de la libertad

Mientras Franco coqueteaba de este modo con el Eje, millares de refugiados entraban en España huyendo de él. Es decir, paralelamente a este proceso, la España oficialmente neutral primero, no beligerante después y neutral finalmente hubo de enfrentarse con otro problema: los miles de personas que huían de los nazis en toda Europa recalaban inevitablemente en España, aunque sólo fuera como puente de paso hacia otros países, comprometiendo seriamente la posición internacional del régimen, que se debatía entre sus simpatías extraoficiales hacia Alemania y sus compromisos con los Aliados, como país oficialmente ajeno al conflicto mundial.

¿Quiénes eran los evadidos? Españoles y extranjeros que huían de los campos de concentración del Midi francés, de las Compañías de Trabajadores Extranjeros, luego Grupos de Trabajadores Extranjeros, de la organización Todt, que reclutaba mano de obra para construir las fortificaciones, primero, en la costa atlántica y, luego, también en la costa mediterránea. A partir de 1943, franceses que escapaban del Servicio de Trabajo Obligatorio y del Relève y, sobre todo, judíos. Para todos ellos, la primera salida lógica era Francia, pero una vez invadido ese país por Alemania, el destino siguiente era España, lugar de tránsito inevitable hacia otros destinos que se barajaban como presumiblemente definitivos. Cruzar la frontera española no era fácil, pero miles de personas lo intentaron por todos los puestos existentes a lo largo de los Pirineos. Muchos fueron detenidos y encarcelados en las prisiones españolas. Otros eran devueltos a Francia y entregados a la Gestapo.

[11] Cfr. PRESTON, P.: «Italia y España en la Guerra Civil y en la Guerra Mundial, 1936-1943», en BALFOUR, S., y PRESTON, P. (eds.): *España y las grandes potencias en el siglo XX,* Barcelona, Crítica, 2002, especialmente pp. 139-141.

El testimonio de Lisa Fittko [12] es ilustrativo en relación con la peripecia que vivieron muchas de estas personas. Judía alemana, nacida en la actual Ucrania, pero educada en Berlín, fue apresada e internada en el campo de Gurs, donde permaneció de mayo a junio de 1940. Logró salir de allí y reunirse con su marido. Cuando empezó la desmovilización en Toulouse ambos intentaron conseguir un visado de salida del consulado español. Los visados franceses eran expedidos por el gobierno de Vichy, obviamente bajo supervisión alemana, y no tenía sentido pretender obtenerlo por esa vía. En cuanto a las autoridades españolas, a veces no pedían el visado, pero otras sí y muchos emigrados eran arrestados o devueltos e incluso enviados a un campo de concentración a Figueras. Teníamos la impresión, dice Lisa Fittko, de que las autoridades españolas no querían estropear las relaciones con el otro lado [13].

Había, pues, que buscar una ruta alternativa o cruzar la frontera ilegalmente, como lo estaban haciendo muchos otros. Había que buscar también el lugar más idóneo para hacerlo. Como Francia estaba dividida en dos zonas, existían dos regímenes jurídicos diferentes para la línea pirenaica: una división materializada por la línea de demarcación que cortaba las dos grandes líneas ferroviarias Pau-Bayonne y Pau-Bordeaux y las carreteras Pau-Bayonne y Pau-Dax. De modo que lo que correspondía al País Vasco, desde julio de 1940, es decir, desde que se hizo efectiva la división de Francia en dos zonas, quedaba incluido en la zona ocupada y, por tanto, supervisado directamente por los alemanes. Era una zona de alto riesgo en este momento, porque el ocupante había instalado puestos fijos de vigilancia y patrullas a lo largo de toda la frontera. El resto, hasta Banyuls, pertenecía a la llamada zona libre.

Lisa Fittko utilizará precisamente esa zona, teóricamente libre, para establecer una de las primeras redes de evasión que se organizaron profusamente a lo largo de la frontera franco-española, y

[12] FITTKO, L.: *Escape trough the Pyrenees,* Evanston (Ilinois), Northwestwern University Press, 1991, aunque existen muchos otros publicados. Entre ellos destacamos el del belga PAULY, A.: *Du Perron a Picadilly,* Bruselas, Livres du Temps, 1965, que pasó desde Bélgica a Francia, desde Francia a España y desde España al Reino Unido; el del francés SANDAHL, P.: *Miranda ou l'évasion par l'Espagne,* París, La Jeune Parque, 1945, escrito inmediatamente después de ocurridos los hechos, y el del periodista también francés, aunque nacido en China, BODARD, L.: *La mésaventure espagnole,* París, Nouvelles Éditions Oswald, s.f.

[13] FITTKO, L.: *op. cit..,* p. 96.

que, en este caso, cruzaba los Pirineos a través de Banyuls, la última ciudad antes de la frontera, donde había un alcalde socialista, Azéma, que ayudaba a los emigrados. Fue él quien les recomendó la llamada ruta Líster, porque Líster la había utilizado durante la Guerra Civil y en la retirada. La ruta en cuestión no era otra cosa que un antiguo sendero de contrabandistas que unía Portbou con Banyuls de la Marenda, pero a través de él no sólo pasaron Lisa Fittko y su marido, el periodista berlinés Hans Fittko, con documentación falsificada por el caricaturista austriaco Bill Freir, que les acreditaba como ciudadanos franceses procedentes de la zona ocupada, sino muchos otros a los que ayudaron como guías, a través de la ahora convertida en F-Route. Entre septiembre de 1940 y abril de 1941 pasaron por ella fundamentalmente aviadores británicos y alemanes disidentes, entre ellos el escritor, ensayista y filósofo judío Walter Benjamin, una de las grandes figuras de la intelectualidad alemana en los años veinte, que acabaría muriendo (su suicidio no está del todo probado) ante el temor a ser repatriado [14].

Los viajes se organizaban cada dos o tres semanas en grupos de dos o tres personas. Tenían un enlace con el centro americano y el sistema funcionó hasta que Azéma fue sustituido por un alcalde petainista. El gobierno de Pétain decretó que las áreas fronterizas debían ser limpiadas de extranjeros en diez días. Por su parte, el régimen de Franco, habida cuenta del número excesivo de «apátridas» que cruzaban la frontera franco-española, negó las visas temporales. Así fue como se cerró la F-Route. Después, Lisa Fittko logró viajar a Cuba, donde permaneció hasta 1948, y luego a Estados Unidos, instalándose finalmente en Chicago.

La F-Route fue sólo una más de las muchas que se utilizaron. Atravesar los Pirineos, desde luego, no era tarea fácil, por los caminos que se empleaban, por las condiciones climáticas, por el miedo físico y psíquico, por la falta de preparación de quienes lo intentaban. Pero aunque la Gestapo trabajaba eficazmente en la persecución de refugiados a uno y otro lado de la frontera, había también muchas fuerzas que trabajaban en sentido contrario: los gobiernos aliados, las organizaciones políticas españolas y las personas anónimas, convencidas de la importancia de su misión en la lucha contra el fascismo.

[14] *Ibid.,* pp. 103-115. Mientras Lisa Fittko da por hecho el suicidio, otros autores lo ponen en duda. Cfr. SÁNCHEZ AGUSTÍ, F.: *Espías, contrabando, maquis y evasión. La Segunda Guerra Mundial en los Pirineos,* Lleida, Milenio, 2003, pp. 76-79.

En realidad, ante la dura situación impuesta por los nazis, enseguida se organizaron los canales para la evasión, que comenzaron a funcionar con eficacia a partir de julio de 1940, es decir, después del armisticio franco-alemán. Algunas de las redes ya existían, pues se formaron en los años de la Guerra Civil, y ahora sólo había que usarlas en sentido contrario. Por otra parte, muchos españoles estaban al otro lado de la frontera: internados en campos de concentración franceses, alistados en las Compañías de Trabajadores Españoles, repartidas por toda Francia, trabajando para los nazis en los *lagers* de la Francia ocupada, colaborando con la Resistencia francesa... Muchos de ellos pertenecían a partidos y organizaciones republicanas —ahora clandestinas en la España de Franco— que, sin embargo, no dejaron de intentar mantener los lazos con sus afiliados, aunque estuvieran en la cárcel o en el exilio.

De estas organizaciones se nutrieron en buena medida los *passeurs* [15], cuya figura fue fundamental, hombres aguerridos, convencidos de la importancia de su misión y buenos conocedores de los pasos clandestinos de los Pirineos, aunque también hubo personas anónimas que ayudaron desinteresadamente a los extranjeros que atravesaban España ilegalmente y otras que aprovecharon la coyuntura para robar y asesinar a los desafortunados que caían en sus manos. También se generó una especie de mercado negro: cambio de moneda, limusinas directas a Portugal, embarques para Gibraltar..., y un pequeño negocio, a veces muy lucrativo para estos *passeurs,* que no dudaban en cobrar generosamente por sus servicios e incluso se dieron casos de desaprensivos que dejaron a los huidos a medio camino, abandonándoles a su suerte.

En general, estos guías de montaña, es decir, buenos conocedores de los pasos fronterizos, eran contrabandistas mayoritariamente españoles, aunque también había franceses, brigadistas y exiliados de nacionalidades diversas que colaboraban con guerrilleros españoles de la Unión Nacional Española, plataforma antifascista impulsada por el PCE-PSUC, *maquisards* del Front National, impulsado por el PCF, y la Armée Secrète, partidaria de De Gaulle.

Todos ellos dieron vida a una red de espionaje voluntario y a un entramado de pasos fronterizos por los que lograron evadirse

[15] SÁNHEZ AGUSTÍ, F.: *op. cit.,* ha recogido numerosos testimonios de su modo de operar. Véase también LOUGAROT, G.: *Dans l'ombre des passeurs,* Donostia, Elkar, 2004.

miles de personas, con ayuda del Intelligence Service británico (y sus ramificaciones: MI5, Military Intelligence para el contraespionaje en el interior; MI6, para el exterior; MI18, encargado de las informaciones topográficas; MI19, que organizaba las huidas de países ocupados...), de Bélgica, Polonia, los Estados Unidos y la Resistencia francesa [16].

El objetivo era pasar a España y desde allí tomar contacto con las embajadas o consulados de Bélgica, Reino Unido o Estados Unidos en España, o con la Cruz Roja. Después iban por tren a Málaga, Algeciras o Gibraltar, o bien a Valencia de Alcántara, Cáceres o Setúbal en Portugal y desde allí, por mar, bien vía Londres, bien vía Casablanca, se ponían a salvo, volvían a sus unidades de origen o se alistaban en las FFL, es decir, en el ejército gaullista de liberación, o en las del África del Norte [17].

Los itinerarios también fueron diversos. Su origen hay que buscarlo en muchos casos en las antiguas redes de contrabando. Muchas de ellas se utilizaron durante la Guerra Civil para salir de España hacia Francia o Andorra. Luego, durante la Segunda Guerra Mundial se recorrerían en sentido inverso: desde Francia o Andorra hasta Cataluña. Por ejemplo, los que partían de Pau llegaban a Zaragoza por Jaca y Huesca. Los que lo hacían por Bayonne llegaban a San Sebastián. Y los que venían de Perpignan llegaban hasta Barcelona, después de recorrer cien kilómetros a través de la montaña durante dos días [18]. Los que lograban llegar a Barcelona sabían que allí, en el consulado británico, recibirían la ayuda necesaria para pasar a Gibraltar, Portugal o el norte de África, aunque parece probado que se trataba de una ayuda selectiva destinada sólo a pilotos, paracaidistas, militares, políticos o diplomáticos, es decir, para aquellos que podían ser de utilidad en la guerra.

En cuanto a las redes de evasión con destino a España, eran numerosas. Su origen y composición era diversa, aunque en general las financiaban los gobiernos aliados, especialmente el gobierno británico, y se nutrían de miembros de partidos de izquierda, antiguos

[16] Existen numerosos testimonios publicados al respecto. Entre ellos, FOOTAND, M. R. D., y LANGLEY, J. M.: *MI9 Escape and Evasion, 1939-1945,* Londres, Futura Publications Limited, 1980, y NEAVE, A.: *Les chemins de Gibraltar,* París, Éditions France-Empire, 1972.

[17] SÁNCHEZ AGUSTÍ, F.: *op. cit.,* pp. 46-47.

[18] PASTOR PETIT, D.: *Espionaje: la Segunda Guerra Mundial y España,* Barcelona, Plaza & Janés, 1990, p. 803.

brigadistas, republicanos españoles. También había médicos e incluso una red, la llamada Red Palestinense, compuesta casi exclusivamente por y para judíos.

Había redes belgas, como Clarence, Luc, Marie-Clare, Mecano, Sabot, SRB y Zèro; redes británicas, Alliance, Françoise, Pat O'Leary, París-Dutch; y franco-británicas, la Hi-Hi y la Jade-Fitzory, cuya historia ha sido recientemente publicada [19]. Una de las más conocidas, y mejor estudiadas, es la Red Ponzán, último eslabón de la cadena Pat O'Leary, dirigida por el médico belga Albert Guerisse. En ella colaboraba el anarquista español Francisco Ponzán Vidal, conocido como Vidal, maestro de escuela y ex oficial del Servicio de Información de la 24 División del ejército republicano, que era un viejo conocido de los republicanos españoles [20]. Encarcelado en la no menos conocida prisión de Saint-Michael de Toulouse, murió de forma dramática: quemado por los nazis al lado de otras 53 personas escogidas al azar entre resistentes franceses y españoles, en el bosque de Buzet-sur-Tarn, al sureste de Toulouse, en agosto de 1944.

También es bien conocida la Red Comète [21], dirigida por la enfermera belga Andrée de Jongh, conocida como *Dedée,* que la fundó junto a su padre y la dirigió desde 1941 hasta 1943, cuando fue arrestada en San Juan de Luz. Hasta entonces esta red, financiada por los británicos, se había ocupado de ayudar fundamentalmente a pilotos y combatientes que escapaban de la Francia ocupada. Los pilotos aliados que tenían la desgracia de ser derribados sobre la Europa ocupada (Bélgica, Holanda, Francia) eran auxiliados por los miembros de la red, cuya ruta era Bruselas-París-San Juan de Luz-Pirineos-Gibraltar-Londres, es decir, arrancaba de Bruselas y terminaba en el País Vasco, como paso previo al destino definitivo en un país aliado.

Cuando *Dedée* fue arrestada, la red continuó funcionando bajo la dirección de Jean-François Nothomb, alias *Franco,* con ayuda, entre otros, del vasco Florentino Goicoetxea. Goicoetxea recogía a los evadidos en San Juan de Luz, cruzaban el río Bidasoa y los conducía

[19] Véase AGLAN, A.: *Mémoires Résistantes. Histoire du Réseau Jade-Fitzory, 1940-1944,* París, Les Éditions du Cerf, 1994.

[20] Cfr. TÉLLEZ SOLÁ, A.: *La red de evasión del grupo Ponzán. Anarquistas en la guerra secreta contra el franquismo y el nazismo, 1936-1944,* Barcelona, Virus-memoria, 1996.

[21] Acaba de editarse el libro de EISNER, P.: *La línea de la libertad,* Taurus, 2004.

a un caserío de Oyárzun, donde esperaba el cónsul británico de San Sebastián o de Bilbao. El destino final era la embajada británica de Madrid o Barcelona que se encargaba de posibilitar la salida definitiva de España.

También había redes polacas que operaban con apoyo británico, como la red Tudor, las Wisigoth-Lorraine y la F-2, integrada mayoritariamente por franceses. Paralelamente funcionaron otras, como la Red Teresa Martín, organizada por un antiguo combatiente de las Brigadas Internacionales, un inglés llamado *René,* ayudado por la francesa Teresa Mitrani, alias *Denise,* y un dirigente del POUM, el español Josep Rovira. Son conocidas también muchas más, entre ellas la anglofancesa Brest Morton, la Lyon-Carter, la Fanfan, la Réseau Sabot, la Jean-Jacques Chartres o la Navarre-Alliance.

Muchos de los responsables de estos «caminos de la libertad» acabaron en el Campo de Miranda de Ebro, después de cruzar los Pirineos huyendo de la Gestapo. Pero gracias a ellos, entre septiembre de 1940 y enero de 1945, 33.000 personas cruzaron los Pirineos y unas 10.000 de ellas lograron alcanzar Gran Bretaña vía Gibraltar. La cifra de evadidos a través de España se sitúa entre un mínimo de 30.000 y un máximo de 50.000, según las fuentes [22].

**El viraje neutralista**

A partir de la primavera de 1941 cambia el escenario de la guerra. Hitler pierde interés por el área mediterránea y dirige su atención hacia el frente del este. La apertura de un nuevo frente, cuando el anterior no se había resuelto de manera contundente, auguraba una guerra larga. La figura de Serrano empieza a declinar aunque todavía le dará tiempo para lanzar el último cartucho: la División Azul. Sin embargo, Franco ya había decidido mermar el protagonismo de Serrano y la perspectiva de una guerra larga, alejada además ahora del escenario mediterráneo prioritario para España, hacía inviable la intervención. Todavía, no obstante, jugaría una baza política: en el discurso conmemorativo del quinto aniversario del Alzamiento, el 18 de julio de 1941, lanzó unas intempestivas declaraciones a

[22] Cfr. Hoare, S.: *op. cit.* Son numerosos los documentos de la embajada británica en los que se cita el número de 30.000 para los que traspasaron las fronteras. Uno de ellos es AMAE, R-1261.95.

favor del Eje. Los aliados no echaron sus palabras en saco roto. De hecho, la toma de las islas Canarias, junto con las Azores, como bases alternativas a Gibraltar, nunca se había descartado del todo en los proyectos de la coalición anglo-norteamericana. La campaña de Rusia se preveía ya larga y España, después de haber *fallado* a Hitler en lo relativo a Gibraltar, no podía esperar ayuda alemana en caso de que se produjera alguna acción aliada en el norte de África.

Con este mar de fondo, el ataque japonés a Pearl Harbor en diciembre de 1941 precipita la entrada de Estados Unidos en la guerra y extiende el conflicto al área del Pacífico. Portugal siente que sus colonias de Timor y Macao corren peligro y de nuevo, a iniciativa portuguesa, se activa la colaboración hispano-lusa. En febrero de 1942, Franco y Salazar se reúnen en Sevilla. Ambos se limitaron a una entente verbal, que por el momento quedaría en secreto, para asegurar la neutralidad de la Península.

Franco toma otra decisión importante en este momento: en enero de 1942 había comenzado la exportación de wolframio a Alemania, un material imprescindible para la fabricación de armas. Esto permite hablar de una «beligerancia moral» [23], compatible, sin embargo, a mi juicio, con un reforzamiento de la no beligerancia real, en la que hay que contar con el peso, indudable, de la dependencia económica que le aboca paradójicamente hacia los aliados: el petróleo de Estados Unidos, el carbón y el caucho de Inglaterra, los cereales de Argentina, el algodón de Brasil..., todas las importaciones españolas imprescindibles en la precaria posguerra obligan a Franco a no descuidar el área anglosajona [24].

De hecho, todo parece indicar que la neutralidad comienza a afianzarse por estas fechas en el pensamiento de Franco. La evolución de la guerra, el ataque soviético a Leningrado, que desbordó a los alemanes, y la crisis del gobierno, que supuso el desplazamiento de Serrano a favor de Jordana en la cartera de Exteriores, marcarían los hitos del proceso. Los alemanes estaban atrapados en el este, mientras la intervención norteamericana reforzaba, sin duda, la posi-

[23] Expresión que utiliza, por ejemplo, BELOT, R.: *Aux frontières de la liberté. Vichy-Madrid-Alger-Londres. S'evader de France sous l'Occupation,* Fayard, 1998, p. 207.

[24] Las contradicciones del momento y la reacción de los aliados pueden verse resumidas en un reciente estudio de SMYTH, D.: «Franco y los aliados en la Segunda Guerra Mundial», en BALFOUR, S., y PRESTON, P. (eds.): *op. cit.,* pp. 142-161.

bilidad de una victoria aliada. Paralelamente, en el interior, los sectores del ejército menos proclives a la intervención se cebaron ahora con Serrano Súñer, caído en desgracia después de haber tocado la gloria. Franco, hábilmente, supo utilizar todos estos factores para reforzar su propia posición personal, erigiéndose en árbitro y director de la situación.

El curso de la guerra vino indirectamente a reforzarla: el 24 de octubre de 1942 se inició la ofensiva aliada en el desierto. El 8 de noviembre las tropas aliadas desembarcaban en las playas del norte de África. Franco siempre había temido que se activase esa zona de operaciones y a comienzos de enero de 1942 había ordenado el refuerzo de las guarniciones de Marruecos. Cuando se produjo el desembarco decretó la movilización parcial. Pero paralelamente se afianzó también la alianza hispano-portuguesa en clave de convergencia neutralista peninsular. En diciembre, Jordana visitó Lisboa, haciendo pública la entente y lanzando la idea de un «bloque ibérico».

El desembarco aliado en el norte de África repercutió directamente en las condiciones de tránsito por la frontera e indirectamente también en la posición de las autoridades españolas en relación con ella. La reacción inmediata de los alemanes es conocida: la ocupación de toda Francia. Su consecuencia, evidente: se incrementó notablemente la afluencia de refugiados que huían hacia la frontera, mientras se endurecían paralelamente las medidas destinadas a evitar que lograran traspasarla.

Por la parte francesa, la zona de seguridad, una línea de aproximación de veinte kilómetros, sólo podía franquearse con el famoso *ausweis* alemán o el *laissez-passer* francés, especie de salvoconductos que se conseguían en ocasiones de la forma más peregrina. El gobierno de Vichy, y a través de él la policía alemana, controlaba la zona fronteriza de los Pirineos. Las patrullas de gendarmes, aduaneros y miembros de la Guardia Móvil del gobierno de Vichy se reforzaron ahora, y hasta agosto de 1944, es decir, hasta la liberación, con 12.000 alemanes. Más de 3.000 de ellos se refugiarían después a su vez en España y no pocos de ellos acabarían en Miranda [25].

Por la parte española, los evadidos corrían el riesgo de ser devueltos a los alemanes si eran detenidos a menos de cinco kilómetros de la frontera. De hecho, no fueron tan aislados los casos, sobre

[25] Cfr. SÁNCHEZ AGUSTÍ, F.: *op. cit.,* p. 57, y BELOT, R.: *op. cit.,* pp. 76-80.

todo en los primeros años de la guerra, en que los refugiados fueron devueltos a Francia por el gobierno español e incluso por el gobierno portugués, después de haber atravesado España y llegado a Portugal: Salazar los entregaba a Franco y Franco a Vichy. La vigilancia fronteriza estaba a cargo fundamentalmente de la Guardia Civil, aunque a partir del otoño de 1944, cuando se incrementó la actividad de los Grupos de Guerrilleros para la Reconquista de España, se intensificó con la ayuda de la policía franquista. Desde agosto de 1942, las autoridades españolas habían arbitrado además otra medida preventiva: prohibir la entrada, incluso el tránsito, a los menores de cuarenta años, es decir, a todos los que estaban en edad de combatir, que eran detenidos y encarcelados.

Pero también se habían afinado los medios para no ser detenido y sobre todo para no ser deportado. Por ejemplo, los que aun así acababan en el Campo de Miranda solían mentir sobre su nacionalidad: franceses y belgas se declaraban canadienses, mientras los británicos pretendían provenir de las colonias: Chipre, Bermudas, Sudáfrica. Esta práctica, que había funcionado al principio, hasta que las autoridades españolas cayeron en la cuenta, se generalizó ahora, cuando la ocupación alemana de toda Francia incrementa la huida de refugiados hacia la frontera. También era necesario mentir sobre la edad: había que declarar no estar comprendido entre los veinte y los cuarenta años.

La documentación falsa se conseguía en Francia, y también en Argelia, donde funcionaban verdaderas «oficinas» de falsificación de documentos. La norma era hacer constar siempre una edad inferior o superior a la requerida para el Servicio de Trabajo Obligatorio (STO); como lugar de nacimiento un pueblo, a ser posible cuyos archivos hubieran sido destruidos por algún bombardeo, mejor que una ciudad; un domicilio «real», copiado del listín telefónico; datos físicos confusos y firma ilegible [26]. En cuanto a los británicos, el MI5 dictó las consignas necesarias para eludir el internamiento: ponerse en contacto con la embajada y declararse civil, menor de veinte o mayor de cuarenta años, y de nacionalidad francesa o prisionero evadido de Alemania, nunca aviador inglés.

Esta evolución se refleja también en las cifras correspondientes al Campo de Miranda, donde cambió progresivamente la nacionalidad

[26] SÁNCHEZ AGUSTÍ, F.: *op. cit.,* p. 49.

predominante entre los internados. Aunque llegaron a declararse hasta 57 nacionalidades distintas, entre enero y junio de 1943 predominaban claramente los franceses [27]. En febrero de ese año Laval había implantado oficialmente el Servicio de Trabajo Obligatorio (STO) [28].

De hecho, la implantación del STO reaviva muy fuertemente el movimiento de evasión. Los franceses no quieren trabajar para los alemanes y aún menos ser trasladados a Alemania para atender a las necesidades de las fábricas de guerra. España aparece como la mejor alternativa. Aunque la frontera resulta cada vez más difícil de franquear, el gobierno español se ve impotente para contener a estos viajeros clandestinos, de los que procura, por otra parte, desembarazarse lo antes posible [29]. Los alemanes, por su parte, reaccionan de la única manera posible: reforzando la vigilancia en la frontera. Mientras el gobierno español comienza a ser más benévolo con los Aliados, los nazis intensifican la persecución de judíos y de resistentes. Todo evadido es un enemigo en potencia y hay que atajar la evasión por todos los medios. No sólo se intensifican los controles fronterizos, también se endurece el reclutamiento masivo de mano de obra: después del desembarco aliado en el norte de África, la construcción de las fortificaciones europeas se extiende de la costa atlántica a la costa mediterránea francesa, con el consecuente incremento de la demanda de trabajadores por parte de las autoridades alemanas de ocupación [30].

Las consecuencias de esta situación se reflejan también en la relación con España. A principios de 1943 se intensifican las presiones alemanas para el cierre de la frontera, pero también la presión aliada en sentido contrario. Finalmente, Jordana, que había cedido el 22 de marzo de 1943 a la petición alemana, prohibiendo estrictamente el paso clandestino, se rinde ante la presión británica y la revoca el 30 de abril. El representante español hace saber al embajador alemán que la responsabilidad de los pasos clandestinos por los Pirineos incumbe exclusivamente a los alemanes y que los prisioneros

[27] AGMG (Archivo General Militar de Guadalajara), DCME, índice núm. 13.

[28] PAXTON, R. O.: *La Francia de Vichy. Vieja Guardia y Nuevo Orden, 1940-1944,* Barcelona, Noguer, 1974, p. 278.

[29] BELOT, R.: *op. cit.* ,pp. 128-133.

[30] Véase EGIDO LEÓN, Á.: «Republicanos españoles en la Francia de Vichy: mano de obra para el invasor», en *Ayer,* núm. 46, 2002, pp. 189-208, y *Francisco Urzaiz. Un republicano en la Francia ocupada. Vivencias de la guerra y el exilio,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

de guerra evadidos serán tratados como refugiados. Jordana intenta quedar bien con ambas partes: España no hará nada para impedir la captura o directamente la aniquilación de quienes son detenidos intentando cruzar, pero tampoco puede intervenir directamente en la represión.

Esta política de ambigüedad por parte de Franco para con el Reich se mantiene durante todo el año 1943 y se refleja, indirectamente, en el trato que reciben los internados en los depósitos de concentración españoles, especialmente en Miranda. En diciembre, el Ministerio del Ejército cursa una circular a los gobernadores civiles de todas las provincias que tenían bajo su demarcación campos de concentración, cárceles y balnearios con súbditos de países beligerantes entre sus internos, especialmente jefes y oficiales, «para que se les diera el trato debido sin maniatarlos ni mezclarlos con delincuentes comunes» [31].

## Cambio de rumbo: de la no beligerancia a la neutralidad

Mientras tanto, la evolución del conflicto favorece cada vez más claramente a los Aliados. Hitler, que se hallaba atrapado en el este, no podía correr el riesgo de desproteger aún más el flanco oeste. En enero de 1943 Arrese, camisa vieja de Falange y vinculado a sectores antiserranistas, es decir, contrario a las veleidades germanófilas, visitó Berlín. En diciembre de 1942 se había firmado el convenio económico hispano-alemán que intercambiaba armas para Franco a cambio de materias primas (wolframio) para Alemania. El 12 de febrero de 1943 se firmó un protocolo secreto hispano-alemán. Hitler se aseguraba que, en caso de ataque aliado por el oeste, España se defendería sola, cubriendo así la retaguardia alemana. Quedaba descartada definitivamente la entrada de España en la guerra al lado del Eje.

Franco veía claro que la suerte de su propio régimen se ligaba cada vez más a la de los Aliados y reforzó sin escrúpulos el camino en esa dirección lanzando una campaña neutralista, cuyo primer paso había sido el Bloque Ibérico, presentándose como mediador en una especie de federación de naciones católicas aglutinadas por la figura

[31] Circular de 17 de diciembre de 1943. SÁNCHEZ AGUSTÍ, F.: *op. cit.,* p. 280.

del papa. Pero tan peregrina idea, a pesar del apoyo portugués y de que se hicieron gestiones ante Irlanda, Suecia y Suiza, no cuajó.

El desembarco aliado en Sicilia (julio-agosto de 1943) asestó el golpe de gracia al régimen de Mussolini, que fue sustituido por Badoglio. Fue entonces cuando se produjo el tercer momento de peligro para la no beligerancia de España. Mussolini en estos últimos y desesperados momentos, intentando compensar a los italianos con una victoria en el *Mare Nostrum,* había presionado más que nunca para que Franco entrase en la guerra al lado del Eje. Pero Franco se lavó literalmente las manos ante la suerte de su antiguo aliado, aunque no hacía mucho (en enero de 1943) le había expresado en una carta su alineación con Italia y su preocupación por el curso de la guerra. Hitler, por su parte, ya sólo pensaba en Rusia.

A partir de este momento, la suerte del conflicto estaba en manos de los Aliados, que decidieron mostrarse fuertes ante los países peninsulares. Llegaron a un acuerdo con Portugal en lo relativo a las Azores y exigieron a España la retirada de la División Azul y el abandono explícito de la no beligerancia. El 1 de octubre de 1943 Franco, aunque no derogó oficialmente el decreto de no beligerancia, definió públicamente la posición de España como «neutralidad vigilante».

Los Aliados pasaron a la acción: la presión económica, amenazando con bloquear el suministro de petróleo y con cortar los suministros de trigo y caucho si no se suspendían las exportaciones de wolframio a Alemania. Franco cedió: el 2 de mayo de 1944 se firmó el acuerdo con los Aliados y España aceptó todas sus condiciones: retirada de los restos de la División Azul, cancelar las exportaciones de mineral, entregar los buques italianos que todavía quedaban en puertos españoles, expulsar a los agentes del Eje que operaban en España y supresión del consulado alemán en Tánger. Sólo le quedaba la baza del anticomunismo y los americanos accedieron a jugarla [32]. A principios de 1945 se firmaron los acuerdos unilaterales entre España y los Estados Unidos, pilar fundamental sobre el que se asentó la perdurabilidad del régimen franquista en España, aunque fuera a costa de la cesión de parte del territorio español.

[32] Una interpretación reciente y sintetizada de la evolución de Franco a lo largo del conflicto puede verse en PRESTON, P.: «Franco's Foreign Policy, 1939-1953», en LEITZ, Ch., y DUNTHORN, D.: *Spain in an international context, 1936-1959,* Nueva York-Oxford, Berghahn Books, 1999.

Entre 1944 y 1947 también cambió, como era de esperar, el perfil de los refugiados en España y especialmente en Miranda del Ebro. Los que llegaban ahora eran fundamentalmente nazis y colaboracionistas, a los que el régimen prestaría un trato especial. Muchos vivieron una estancia privilegiada en España. Otros se quedarían para siempre aquí. El punto de inflexión se sitúa lógicamente en junio de 1944, es decir, tras el desembarco aliado en las costas francesas de Normandía. Con la liberación de Francia fue imposible impedir la huida de las tropas alemanas de ocupación hacia la frontera pirenaica. Muchos soldados alemanes, algunos italianos y también colaboracionistas franceses, temerosos de las represalias de sus compatriotas, traspasaron la frontera franco-española huyendo de los Aliados, como antes éstos habían huido de los nazis. El número de huidos se sitúa en torno a los 1.700 [33].

¿Qué podía hacer el gobierno español ante esta nueva avalancha? Oficialmente, se apresuró a asegurar a los Aliados que ningún criminal nazi sería asilado en España. Pero la realidad fue bien distinta, tanto España como Irlanda o Argentina cobijaron a un número elevado de ellos. El procedimiento seguido por Franco fue el mismo que antes había utilizado a la inversa: trasladarlos a las prisiones fronterizas y de allí, finalmente, a Miranda, aunque también se habilitaron internamientos en Álava (el Balneario de Sobrón y el Campo de Nanclares de Oca), mientras las mujeres (personal auxiliar del ejército alemán en su mayoría) serían conducidas a Vizcaya, al Balneario de Molinar de Carranza.

Los nazis se habían cubierto bien las espaldas, desviando todo el botín obtenido, incluido el oro incautado a los judíos, a países neutrales: Suiza, Suecia, Argentina, Portugal y España, de acuerdo con un plan financiero perfectamente organizado para cubrir la posible pérdida de la guerra. En el caso español, además de esta previsión, se utilizó también otro medio: la emisión de billetes ilegales, si bien no falsos, en moneda española sin autorización del Banco de España, cuya circulación se detectó, por ejemplo, en el Campo de Miranda de Ebro.

Por este campo pasaron criminales nazis reconocidos, como Walter Kutschmann. Otros, como el tristemente famoso Joseph Mengele, sólo pasaron por España, es decir, no llegaron a ser internados, la

[33] Cifra aproximativa en relación con los internados en Miranda. Cfr. AGMG, DCME, índice núm. 13, Relaciones de internados, cajas 140 a 142.

mayoría con destino a la Argentina de Perón. Otro caso singular fue el de Pierre Laval, alojado en el monasterio de Nuestra Señora de El Espino, a catorce kilómetros de Miranda de Ebro, a buen recaudo de las previsibles iras de sus compatriotas. Laval corrió peor suerte, porque al acabar la guerra fue entregado a los Aliados por las autoridades españolas y ejecutado en octubre de 1945. Su compatriota León de la Montagne, internado en Miranda, no tuvo reparos, sin embargo, para escribir una carta de agradecimiento al régimen de Franco por el trato recibido [34].

La España de Franco fue en la práctica un buen refugio, un refugio privilegiado para los miles de franceses, la mayoría funcionarios, policías, profesionales o militares, que habían colaborado estrechamente con el régimen de Vichy, que cruzaron la frontera, como para los colaboracionistas belgas, el más conocido León Degrelle, que acabaría instalándose en Fuengirola, que también hallaron en España una excelente acogida, mientras decidían si volvían, emigraban hacia América o se quedaban. Y, por supuesto, para los nazis, que encontraron un régimen ideológicamente afín, por mucho que política y oficialmente se hubiera distanciado hacía tiempo del Eje.

Franco fue capaz de sortear primero sus veleidades pro-Eje, mientras fugitivos aliados utilizaban España como puente en muchos casos para reincorporarse al conflicto mundial, y su deslizamiento hacia el bando aliado, especialmente hacia la alianza con los Estados Unidos, mientras acogía sin reservas a los nazis huidos. Su actuación en relación con los refugiados corrió paralela, aunque inversa, a su posición en la guerra mundial.

---

[34] Reproducida por FERNÁNDEZ LÓPEZ, J. Á.: *Historia del campo de concentración de Miranda de Ebro (1937-1947),* Miranda de Ebro, edición del autor, 2003, pp. 371-372. Muy diferente, por cierto, al que recibieron los republicanos apresados en los primeros años. Cfr. testimonio de Félix Padín, recogido por el mismo autor en pp. 74-75, y en la reciente (2004) película documental de Félix PALACIOS, *Rejas en la memoria,* sobre los campos de concentración franquistas.